

Recuerdos de la Alemania guillermina

En el fomento de la educación, la enseñanza y la investigación científica de los españoles es justo atribuir frutos memorables a la *Junta de pensiones y de ampliación de estudios en el extranjero*. Fundada en el curso del año 1907 por el Ministerio de Instrucción Pública, instaura durante treinta años consecutivos un régimen de moderada autonomía, para desarrollar su obra. Nombra ella misma a sus miembros, formula sus programas de trabajo, planifica su organización y define las funciones que enuncia su título, y elabora el presupuesto anual de gastos que, una vez aceptado por el Ministerio (y así ocurrió sin interrupción), discutía y aprobaba el Parlamento. Los miembros directivos de la Junta, presidente, vocales y secretario, gozaron todos, en España, de la estimación del mundo académico y alguno alcanzaría autoridad universal: todos colaboraron asiduamente en deliberaciones y acuerdos del Instituto, y es fama que sus decisiones tenían voto unánime; los inspiró la vocación que alentaban y los afanes solidarios animados con diversidad de criterios científicos, políticos y religiosos. En la Junta convivieron, por ejemplo, Santiago Ramón y Cajal, que no era el único descreído de aquel grupo, y Eduardo de Hinojosa, arraigado católico, unidos a representantes de distintos matices del ideario liberal-conservador. Subrayo el caso —menos raro en otras latitudes— porque certifica la persistencia de un ambiente de mutua tolerancia. Desde que la Junta tuvo a su alcance los equipos indispensables, crearía y sostendría centros de estudios y de investigación que alcanzaron, algunos, autoridad internacional en filología, arqueología, historia, y en biología, física y química, por lo menos.

La *Junta de pensiones*, como su nombre declara, seleccionaba desde su nacimiento cada año a los estudiantes que saldrían pensionados, ante las instancias de los candidatos; sustituía a las universidades que hasta entonces lo hicieron de manera discontinua, y en pequeña escala, ajustada a sus dotaciones, sin la inspiración y la perseverancia de un plan meditado. Sin reseñar aquí otras actividades suyas, de aquellos treinta años (1907-1936), la Junta otorgaría pensiones, con cargo a su presupuesto, a unos 1.500 estudiosos, no todos universitarios, y ofrecería a quienes lo solicitaron normas flexibles e informes conducentes al mejor aprovechamiento del tiempo durante viajes de estudio dentro o fuera del país.

La mayoría de los estudiantes habían elegido universidades alemanas. Ejercía sobre nosotros atractivo poderoso la universidad de la era guillermina. Culminante desde los tiempos de Guillermo Humboldt y que superaba con creces a los dos otros tipos de universidad europea, el centralista y burocrático organizado por Bonaparte, que prohicieron varios países —harto nos consta— y el inglés, autónomo sin duda pero extraño y arcaico, que no nos recomendaban ni siquiera nuestros más fervorosos britanizantes. Otro tanto ocurría en amplios sectores del mundo culto, no tan sólo en los pueblos europeos.

El número de estudiantes que acudían a Alemania yo no sé cifrarlo, pero impresionaba el caudal de la corriente y la riquísima variedad de los cauces convergentes. En lo que voy a contaros aparecerá algún japonés (de ellos había cantidad) alguna ucraniana, y algún georgiano, que llegué a frecuentar, pero la lista sería interminable si mi memoria la conservara completa. Muchas naciones allí representadas pasaban inadvertidas si eran contados sus titulares, y poco llamativa su apariencia, y, deslumbrados por los más extraños, apenas retenían los observadores la imagen peculiar de países europeos de vieja cultura y gran historia. Más de una vez lamentaban, estudiantes españoles, su desilusión patriótica al observar que el interlocutor de tanda no acertaba a dar con el nombre de España sin atribuirles antes más de una docena de países lejanos. Perdónad esta mínima ocurrencia que no será la única de mi relato, si no renuncio a notas de poco relieve, expresivas sin embargo.

Obtendría la enseñanza gracias a la Junta frutos copiosos a medida que se incorporaban a la vida activa los pensionados más afortunados. De ellos brota un plantel de profesores universitarios y de profesionales y de ciudadanos cultivados. De aquí por lo tanto el eco de nuestra gratitud por la universidad alemana, y me agrada reconocerlo en esta honrosa ocasión. Nuestras universidades elevaron, a partir de aquella afluencia, de un modo considerable su nivel, sobre todo en el campo de la investigación. Varios testimonios lo tienen acreditado. He aquí uno indirecto, pero elocuente: libretos de Berlín y de Hamburgo me expresaron, hace años, la sorpresa que sentían leyendo listas de pedidos de libros formuladas por universitarios españoles; elegían con sorprendente acierto obras apenas aparecidas y bien calificadas por las revistas más competentes.

Al entrar en materia tendréis presente un par de advertencias: mis recuerdos de estudiante en Munich y en Berlín (1911-1912) y, al cabo de diez años (1921-1922), allí mismo y en Friburgo, los presentaré sin respetar, siempre, el orden cronológico; además, aunque me veáis solo, habla conmigo Regino Escaro de Nogal, mi alter ego. Me sirve la palabra de Regino, cuando la invoque, para no usar continuamente la empachosa primera persona del singular y para puntualizar divergencias latentes en mí mismo, a medida que pasan los años. Regino y este octogenario, con la misma voz, tienen distinto humor y tendencias contrapuestas. A menudo una de estas voces conmemora nostalgias, la otra crea ilusiones. De esta manera Regino procura convencerme de que no soy un viejo cómodo, ni un viejo triste, ni un viejo verde. Si Regino, impetuoso, incurriera en algún desliz deberíais perdonarle.

Se preguntaba Francisco Giner de los Ríos en una monografía escrita en 1902 (*Obras Completas* II, 98 y siguientes) «¿Qué debe ser la universidad española en el porvenir?» No es peculiar del alumno universitario el carácter inquisitivo de sus estudios —afirmaba— porque todos los métodos de enseñanza, en cualquiera de sus grados, deben eliminar de la educación el dogmatismo y labrar la personalidad del alumno; y no será tampoco inquisitivo el método que imponga cualquier dogmatismo. Giner concibe así la misión de la universidad:

a) Relegará a un plano secundario todo lo referente a la formación de servidores del Estado, o titulares de profesiones liberales; b) Atenderá, con primacía, a la investigación científica original del profesor y en colaboración con los alumnos, educándolos para ser hombres, además de investigadores; c) Relacionará con intimidad, en la esfera científica, todas las ramas del saber

en una labor de conjunto, para que gane horizonte, profundidad y riqueza el trabajo de los especialistas; *d*) Fomentará la educación humanista, en la vida corporal y mental; *e*) Dirigirá la evolución del espíritu nacional; *f*) Trasmitirá los frutos tenidos, continuamente, a todas las clases sociales; *g*) Despertará amor a la investigación, con armonía entre medios y fines; *h*) Elevará la espiritualidad del pueblo inspirándole nobles afanes (poesía, arte, naturaleza, viajes, juegos, deportes); *i*) Imprimirá en la conciencia del hombre el sentimiento de la fraternidad.

Invoco casi literalmente, estos rasgos de la universidad futura señalados por Giner con anterioridad, muy semejantes a los trazados por Max Scheler en 1919. No estaba, pues, muy atrasada España en el plano de las aspiraciones ni tampoco Alemania había logrado, en la universidad, todo lo necesario y que no tiene sustitución y que, dado el tiempo transcurrido desde entonces, costará mucho introducir. Pero ya se comprende que llegábamos a Alemania en busca de algo que nos faltaba y que esperábamos encontrar.

Pesaron en mi elección de la universidad de Munich para un período inicial diversas circunstancias; en primer lugar la esperanza de tener a mi alcance a un docente privado a quien había conocido en Madrid, autor de un libro dedicado a la política agraria de Carlos III. Rodolfo Leonhard, así se llamaba, era discípulo de Lujo Brentano y encarecía las dotes de su maestro, y me hablaba de personas dispuestas a facilitar mi tarea. Desgraciadamente la fatalidad se interpuso; en Munich me faltaría el prometido guía; Leonhard a mi llegada acababa de quitarse la vida. Resignado no tardé en acomodarme. Era urgente habituarse a escuchar, dentro y fuera de la universidad, una lengua que sólo leyendo entendía imperfectamente. No perdí ninguna ocasión de ejercitar el oído y los labios. Luego mencionaré a algunos de mis fortuitos interlocutores. Comenzaré presentando al maestro que Leonhard me recomendaba.

Pertenece Lujo Brentano a la generación de economistas que, al comenzar el siglo, estaban en la senectud y, sin embargo, destacaban en la universidad alemana como astros refulgentes; los más jóvenes estaban distantes de la cumbre. Gozaban aquellos, con exclusivismo, el crédito de gloriosos supervivientes. Limitada a cinco nombres la lista de celebridades —dos más podría incluir— el senior, Adolfo Wagner, nace en 1835; Guillermo Lexis en 1837, Gustavo von Schmoller en 1838, Jorge Federico Knapp en 1842 y Lujo Brentano en 1844. A este —el menos viejo— le faltaban, en 1911, unos seis meses para cumplir 67 años.

De lozana fisonomía, era sanguíneo y vehemente; tenía dotes oratorias, cosa rara en la cátedra germánica (según pronto pude apreciar); poca talla, tronco adiposo, hermosa cabeza, ojos claros y, siguiendo la moda, dejaba crecer su barba, blanquísima como su cabellera. Su nombre, su vivacidad y su elocuencia presuponían sangre italiana; en su producción destacan famosos estudios de las organizaciones obreras inglesas. En Inglaterra residió algunos años; allí publica una de sus primeras obras, que enriquecida y escrita en alemán ganó gran autoridad y cimentaría su fama. Los afanes de la vida académica de Brentano y los de Schmoller coinciden, como su acción, en la política social; luego he de explicarlo. En cierto modo identificados defienden, por lo pronto, la libertad de la pequeña industria juntos, y con Hildebrand, Wagner y Conrad, organizan la trascendental reunión de Eisenach (1872). La más importante revista alemana de ciencias humanas, fundada por Holzendorff, dirigida después por Brentano, bien conocida desde el principio, en cuanto la recibe Schmoller la inspira y la nutre tanto